

Martín-Esperanza, Paloma, “*Hispania Restituta*”. La Antigüedad clásica en el programa político y cultural de los Reyes Católicos: relaciones entre España e Italia, Madrid, CSIC, 2023, 658 págs. ISBN: 9788400112363

Guillermo Serés

Universitat Autònoma de Barcelona

email: guillermo.seres@uab.cat

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9960-0123><https://dx.doi.org/10.5209/chmo.102851>

Estamos ante un libro importante, que será de consulta obligada para quien quiera conocer cómo se fueron asimilando, y aplicando políticamente, los descubrimientos, hallazgos (literarios y artísticos), recuperaciones e interpretaciones de los clásicos grecolatinos y posteriores a cargo de los humanistas italianos y cómo llegaron a la España de los Reyes Católicos (1474-1504). También cómo Isabel y Fernando los instrumentalizaron para fortalecer su reinado, equiparando la recuperación de la Antigüedad en el arte, literatura, religión y filosofía, con la restitución histórica de un glorioso pasado nacional; convirtiéndola en un componente cohesionador de su reinado, incluidos los terrenos moral, político, ideológico o jurídico. Arranca con el llamado Prehumanismo del reinado de Juan II, con figuras como Cartagena, el Tostado, el cardenal Mendoza, o Alonso de Palencia; recuerda las del de Enrique IV: el arzobispo Carrillo, Díaz de Toledo o Guillén de Segovia; y llega a las de los Católicos: Pulgar, fray Hernando de Talavera o Nebrija. Todos contribuyeron a la creación del imaginario de una nación, de una identidad, difícilmente alcanzable sin imágenes pretéritas, históricas, míticas o legendarias. Se trataba de asumir la historia como una colección de *exempla* para el presente, que recuerda la *renovatio imperii* de Carlomagno, que ya había intentado Alfonso el Sabio y que se concretará, real o quiméricamente, con el nieto de los Católicos, el Emperador, *alter Carolus*. La originalidad, muy bien documentada, se basa en que, paralelamente a su análisis, Martín-Esperanza vincula la cultura clásica grecolatina (con la naciente arqueología), al discurso político monárquico absolutista, para sustentar un proyecto imperial y justificar una suerte de *restitutio imperii*, basada en las *translationes (imperii, studii y ecclesiae)* que se entreveran con el mito de la Edad de Oro.

Más allá de los citados y convencionales traslados, los humanistas quisieron “trasladar” a la sociedad en su conjunto las “innovaciones” literarias, filosóficas, políticas, jurídicas, artísticas, científicas de la Antigüedad, porque creyeron que aquellos saberes facilitarían un nuevo modelo político y moral, un progreso en todos los órdenes, que se podría aplicar políticamente. Tal fue el “sueño del humanismo”, en feliz definición de Francisco Rico, cuyos representantes (Nebrija *primus inter pares*), y desde la filología (que recuperaba los textos en su prístino estado), posibilitaron la exhumación de todas las disciplinas y saberes por aquella exhumados. No sólo los logros, también recuperaron la conciencia histórica del pasado clásico, que fue “un componente fundamental de la expresión identitaria, tanto *nacional* como personal, de modo que en el siglo XV la Antigüedad se utilizó, como forma de legitimación política” (p. 30, cursiva suya), que se concretó de varias modos, que la autora sintetiza en siete hitos: búsqueda del origen histórico de las ciudades o de las *nationes*; equiparación entre una ciudad antigua y una ciudad nueva; comparación

con personajes del pasado (*virii illustres* o *clarae mulieres*) y con sucesos históricos relevantes, permitiendo la construcción de relatos de alteridad; búsqueda de genealogías antiguas; recuperación de elementos iconográficos que remiten a la Antigüedad, para la autorrepresentación y la conmemoración personal; promoción del mecenazgo artístico y anticuario; coleccionismo de antigüedades en villas y residencias urbanas.

Tras una excelente Introducción (pp. 26-47) con un compendioso estado de la cuestión donde no falta ninguna aproximación, desarrolla doce epígrafes específicos, agrupados bajo tres capítulos: I. *Humanismo y cultura clásica en el entorno regio* (pp. 49-125): 1. “Primeros ecos en la Península Ibérica: la herencia clasicista durante la Baja Edad Media” (pp. 56-62), con particular interés en los *studia humanitatis*, que favorecieron “el sentido popular de la filología, utilizada como herramienta al servicio del poder, así como el desarrollo de la cronística, que salió al paso de la nueva configuración política fraguada como consecuencia de la unión de reinos” (p. 55); 2. “Círculos intelectuales al servicio de los Reyes Católicos entre España e Italia” (pp. 62-104), aunque ya desde las postrimerías del reinado de Enrique IV, “gracias al impulso de Carrillo, la producción letrada se convirtió en una eficaz herramienta de propaganda ideológica” (p. 67); 3. “Fernando e Isabel ante la cultura grecolatina” (pp. 104-125), a la que era aficionada la reina, en cuya cámara tenía “obras clásicas, como los varios volúmenes de la Ética a Nicómaco y la Política de Aristóteles” (p. 123), como apuntala con la pertinente bibliografía secundaria.

El II, *Los inicios de la cultura anticuaria en Castilla y Aragón* (pp. 127-226), lo divide en 4. “La historia antigua de España en las crónicas del reinado” (pp. 135-150); 5. “Una nueva forma de mirar las antigüedades” (pp. 150-181), con el destacado papel de Nebrija, que “valoró tanto los restos del pasado como el entorno en el que se encuadraban” (p. 163); 6. “La Corona y la potestad sobre el patrimonio arqueológico” (pp. 181-187), que se materializó, por ejemplo, en la restauración del acueducto de Segovia, conocido como “la puente seca”: un “magnífico ejemplo sobre la potestad última de los reyes sobre un monumento arqueológico” (p. 186); 7. “Coleccionismo anticuario entre la Corte y la Curia” (pp. 187-213); 8. “Los españoles y las primeras excavaciones arqueológicas en Italia” (pp. 213-226).

El III, *La antigüedad clásica en el discurso político*, ocupa doble espacio (pp. 227-514) porque responde más específicamente al título del libro y comprende: 9. “El ascenso al trono de Castilla y la consolidación del poder (1474-1482)” (pp. 229-266), que comportó, por ejemplo, que no sólo Diego de Valera se plantease “una renovación historiográfica que sirviera para la construcción del relato político” (p. 265), al incluir referencias míticas y erudición clasicista, sino también el impulso de los Reyes Católicos a la difusión de la *Valeriana* (veinte ediciones entre 1482 y 1567) y su influencia en las respectivas crónicas de Palencia, Fernández de Oviedo y Ocampo; 10. “La Guerra de Granada y la restitución de Hispania” (1482-1492) (pp. 266-354), donde recuerda que aquella guerra “se convirtió en una oportunidad para resucitar la simbología y los rituales propios de la Antigüedad, particularmente los que tenían connotaciones imperiales” (p. 339); 11. “Paz, unidad y conquistas: del Norte de África a Jerusalén (1492-1496)” (pp. 354-447); 12. “La preparación para la sucesión, la muerte de los herederos y la aventura italiana (1497-1504)” (pp. 447-514).

En las extensas “Conclusiones” (pp. 517-533) retoma compendiosamente los principales motivos y las 122 páginas de bibliografía (pp. 537-658), divididas entre fuentes primarias y secundarias dan cuenta del ciclópeo (pero no prolijo) trabajo de la profesora Martín-Esperanza: la compendiosa lista final recoge la de todos los epígrafes citados, en los que ha incluido los respectivos estados de la cuestión, que demuestran la inteligente lectura y asimilación de las principales aportaciones críticas, historiográficas y ensayísticas. Un magno, y magnánimo, estudio, cuya profusión de datos, muy bien dispuestos, lo hará imprescindible y convertirá en una obra de referencia del apasionante período de transición entre la Edad Media y la Moderna, marcada, paradójicamente, por la recuperación y asimilación de la Antigüedad grecolatina. Bienvenido sea.